

10/16/2016

DAR SIN ESPERAR NADA A CAMBIO Lucas 6: 27-36

Se cuenta que en la Segunda Guerra Mundial, un soldado cayó herido en medio del combate. Luego de varias horas de estar abandonado en el campo, apareció un grupo de soldados “enemigos”. El soldado herido sabía que los que llegaron eran sus enemigos, y sólo pensó que terminarían con su vida, pero su sorpresa fue grande cuando ellos lo recogieron, lo curaron, lo cuidaron y lo entregaron al ejército al que pertenecía el soldado herido. Ante la mirada de asombro del soldado que había sido curado, antes de partir, ellos dijeron: “Hacemos esto porque somos cristianos”. El amor que Cristo nos enseñó supera toda adversidad, todo conflicto; no enfoca en el daño sino en Dios. Amar a los enemigos, a los que se aprovechan y a los que mal agradecen es la más gloriosa de todas las expresiones del amor. Amar se refleja sirviendo, siendo de bendición y orando por los demás sin importar quién es, o qué nos ha hecho y sin esperar nada a cambio.

Algunas personas dicen que *“el que no vive para servir, no sirve para vivir”*. Otros lo expresan diciendo simplemente que *“el que no sirve, no sirve”*. El Señor Jesucristo, enseñando a Sus discípulos acerca de cómo se gobierna el mundo, dijo: *“Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos”* (Mt. 20:26-28). Cuando lavó los pies de Sus discípulos, señal del servicio más humilde, les dijo que ellos hicieran lo mismo (Jn. 13:1-20). En la parábola del *buen samaritano* (Lc. 10:25-37), el centro del mensaje es el amor que se muestra en el servicio y en el ser de bendición para los demás. El Apóstol Pablo recuerda las palabras de nuestro Señor Jesucristo que dijo: *“...”Más bienaventurado es dar que recibir”* (Hch. 20:35). Podría poner muchos más ejemplos pero creo que estos son suficientes para entender la importancia de servir; pero servir sin esperar nada a cambio.

“Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues” (vv.27-29).

Primero, debo de aclarar que no deben malinterpretarse estos versículos en el sentido de que el Señor estuviera intentando prohibir la

denuncia y el castigo de un crimen. El Señor de lo que está hablando es de no tomar venganza por nuestra cuenta, que no sea el odio lo que nos mueva cuando reclamamos justicia. El Señor Jesús enseña a Sus discípulos que ellos deben amar a toda la gente, incluyendo a los enemigos. Este amor envuelve mucho más que una simple emoción; es más, envuelve mucho más que el simplemente tolerarlos. La manifestación del amor se refleja al servir, se refleja al bendecir a los demás y se refleja en el orar por los demás, incluyendo aún a aquellos que se nos oponen, que nos critican, que nos calumnian, que nos agreden, que nos odian y que tanto daño nos han hecho. Todas estas acciones de amar, hacer el bien, bendecir y orar, se resumen en una sola palabra: dar. El Apóstol Pablo refleja muy bien la práctica de esta enseñanza del Señor cuando dice: *“Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino **vence con el bien el mal**”* (Ro. 12:20).

El Apóstol Pedro también entendió muy bien la práctica de esta enseñanza cuando escribió: *“...sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; **no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición**, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición”* 1P. 3:8-9). El Señor Jesús nos enseña que nunca devolvamos mal por mal.

“A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva” (v.30).

El Apóstol Juan también lo tenía bien claro cuando dijo: *“En esto hemos conocido el amor, en que Él puso Su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad”* (1Jn. 3:16-18). A los verdaderos discípulos del Señor los caracteriza su generosidad al dar. El Señor Jesús dijo, después de lavar los pies de los discípulos y poco antes de entregar Su vida: *“En esto conocerán todos que sois Mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”* (Jn 13:35). Una de las mayores expresiones del amor está en el dar (Jn. 3:16 / Jn. 15:13).

“Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (v.31).

Mucha gente dice: “no hagas con otros lo que no quieres que hagan contigo”. Esto puede parecer muy bonito y hasta espiritual, pero no es del todo correcto. El Señor Jesús no enseñó esto. Lo que Él enseñó es que hagamos a otros lo que nos gustaría que hicieran con nosotros. ¿Cuál es la diferencia entre ambas declaraciones? La primera es pasiva, no actúa; la segunda es activa. El Señor Jesús dijo algo similar en otra ocasión: “*Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas*” (Mt. 7:12). Esto es lo que se conoce en Teología como “La Regla de Oro” y que no es otra cosa que la aplicación del mandamiento de la Ley de Moisés de *amar al prójimo como a sí mismo* (Lv. 19:18) y que el Señor Jesús calificó como el segundo gran mandamiento de la Ley de Dios (Mt. 22:39). En otras palabras, esto es hacer (no, no hacer) a otros lo que me gustaría que hicieran conmigo. Pero le voy a decir algo: solamente poniéndonos en los zapatos de los demás podremos entender sus problemas y necesidades y podremos ayudarlos de la misma manera como nos gustaría que hicieran con nosotros y, por el contexto en que lo dice el Señor, esto es hacerlo sin importar la conducta o el trato de los demás hacia uno. Si queremos ver los problemas sólo desde nuestro punto de vista, jamás podremos entender ni ayudar a nadie.

*“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Y **si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir**, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto”* (vv.32-34).

Los discípulos del Señor dan y sirven con generosidad y aun cuando se aprovechen de esa generosidad, no debemos reclamar nada (vv.29-30). Dios es el que se encarga de todo. Por eso el Señor dice que al dar no esperemos recibir de aquellos a quienes dimos (v.34). Al dar no debemos ser selectivos esperando que podamos recibir algo de regreso de parte de ellos cuando estemos en necesidad. Es decir, no debemos dar a quien en un momento pensemos que nos conviene dar.

*“Amad, pues, a vuestros enemigos, y **haced bien, y prestad, no esperando de ello nada**; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque Él es benigno para con los ingratos y malos”* (v.35).

¿Qué mérito tendría el servir a aquellos de quienes se puede obtener algún beneficio?, o peor aún, ¿qué mérito tendría servir solo buscando algún beneficio después? El Señor Jesús dirá unos capítulos más

adelante: “...Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y **serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar**, pero te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lc. 14:12-14). Dios recompensa nuestra generosidad.

De regreso a nuestro relato Bíblico de hoy (v.35), note las dos grandes bendiciones que se dan a aquellos que sirven y dan generosamente sin esperar nada a cambio, y a quienes dan generosamente aún a aquellos que les han hecho daño. En primer lugar, dice que tendrán una gran recompensa de parte de Dios: “...**y será vuestro galardón grande**...”. Dios ve todas nuestras buenas acciones y recompensa nuestro buen corazón al dar sin esperar nada a cambio. En segundo lugar, dice que se les da un título de gran honor, el mayor honor, diría yo, de ser llamados “**hijos del Altísimo**”. Este título solamente se le había dado al Señor Jesús antes de Su Nacimiento (Lc. 1:32), y ahora ese título el Señor lo comparte con aquellos que siguen Sus enseñanzas. Al margen de cualquier recompensa material o de salud, etc., que podamos recibir de parte de Dios, creo que la mayor de todas es que Él nos llame **hijos del Altísimo**.

“Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso”
(v.36).

El comportamiento de los discípulos del Señor debe reflejar el amor de Dios mismo. Así es que hemos de ser identificados no solamente por ser diferentes al mundo, sino por ser semejantes a Dios. Dios es quien nos ofrece el modelo a seguir. ¿Cómo no dar cuando Dios nos ha dado tanto? Principalmente nos ha dado la salvación, pero además, Sus bendiciones son todos los días. ¿Cómo no servir sin mirar a quién cuando el mayor ejemplo de servicio lo tenemos en la Persona de nuestro Señor Jesucristo, de quien somos seguidores?

Conclusión.

El relato Bíblico de hoy comienza diciendo: “*Pero a vosotros que oís, os digo...*” (v.27). La versión Nueva Traducción Viviente expresa muy bien el sentido de esta frase: “*A los que están dispuestos a escuchar les digo...*”. Este mensaje es solamente para aquellos que quieren obedecer al Señor poniéndolo en primer lugar por encima de sus propios rencores y/o de sus

propios intereses. Yo espero que nosotros seamos aquellos a quienes habla el Señor.

Una de las mejores manifestaciones del amor está en el servir, en el bendecir y en el orar. Esto nos genera un espíritu generoso que nos lleva cada día a dar sin esperar nada a cambio. Qué difícil y hasta imposible de cumplir puede ser este mandamiento de amar sirviendo, bendiciendo y orando, a nuestros enemigos cuando enfocamos en lo mal que nos han hecho. Qué difícil y hasta imposible puede resultar cumplir este mandamiento de amar sirviendo solamente esperando recibir algo a cambio. Pero qué fácil, saludable y hasta restaurador puede resultar si enfocamos en Dios.

¿Cómo enfocamos en Cristo? Cuando pensamos que Él nos ha perdonado del pecado que nos separaba de Él y cuando nos perdona en nuestro diario caminar por las faltas que cometemos; cuando pensamos en que Él ora por nosotros y nos bendice cada día. Enfocamos cuando pensamos que Él también murió por esa persona que ahora nos necesita. Enfocamos cuando queremos reflejar Su amor; no obtener ningún beneficio; cuando queremos reflejar Su amor aún a aquella persona que tanto daño nos ha hecho, o aquella persona que se ha aprovechado de nuestra sensibilidad.

Los cuatro verbos que aparecen al principio de nuestro relato Bíblico de hoy (vv.27-28): amad, haced el bien, benedicid y orad, están en tiempo presente del modo imperativo. El tiempo presente significa una acción continua; hoy, mañana y siempre. El modo imperativo significa una orden. Amar y dar siempre no es una opción para el creyente. Amar y dar solamente a quienes amamos o a quienes pensamos que nos puede regresar un día el favor, tampoco es correcto delante de Dios. El verdadero seguidor de Cristo siempre responde con amor y una de las manifestaciones más grandes del amor está en el dar, en el servir, en el ser de bendición y en el orar por los demás, sin esperar nada a cambio; solamente por reflejar el amor de Cristo.

Uno no puede esperar que por “*haber dado la vida*” sirviendo a los demás pueda recibir la misma bondad de los demás. Uno no puede servir esperando esto porque si no llega lo que se espera recibir solamente generará un sentimiento de dolor, frustración, decepción y desánimo. Uno debe servir con todas sus fuerzas sin esperar nada a cambio y

descansando únicamente en el Señor. Él es quien proveerá de todo lo necesario cuando venga la necesidad.

Infortunadamente, es una realidad que a mucha gente se le olvida lo que uno ha hecho por ellos y, cuando ya no sirve uno a sus intereses, tranquilamente dan la espalda volviéndose críticos y hasta enemigos de quien muchas veces les tendió la mano en tiempos de necesidad. Gloria sea al Señor porque no todos son así. Pero si esto le sucedió al Señor Jesucristo quien tanto hizo por el pueblo y al final terminaron, alguno traicionándolo, otros abandonándolo y muchos gritando que lo crucifiquen, cuánto más podemos esperar nosotros.

Uno no puede tomarla contra Dios por la ingratitud de alguna gente, y uno no puede tampoco dejar de servir por la ingratitud de unos cuantos. El Señor Jesús no lo hizo y no debemos hacerlo nosotros tampoco. El amor es lo que nos caracteriza a los creyentes en Cristo (*Jn. 13:35*). Una de las expresiones más bellas del amor la encontramos en el servicio, en el ser de bendición para los demás y en el orar aun por los que nos han hecho daño y esta fue una de las grandes enseñanzas de nuestro Señor (*Mt. 20:26-27; 25:31-46 / Lc. 10:30-38 / Jn. 13:1-15 / Hch. 20:35*).

Alguien dijo: *“Devolver mal por bien, es actuar como satanás; devolver mal por mal, es actuar como las bestias; devolver bien por bien, es actuar como los hombres; pero devolver bien por mal, es actuar como un hijo de Dios”*. Creo que este dicho refleja lo que nos ha enseñado el Señor hoy en Su Palabra.

Sirvamos siempre, no importa qué, siempre sirvamos, que, después de todo, a quien servimos es al Señor y, como dijo el Apóstol Pablo: *“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”* (*1Co. 15:58*). El servicio para el Señor siempre tendrá recompensa de parte de Él. Amén... Vamos a orar...